

MARIANO PINA

---

7839

# LA NOVIA DEL GENERAL

COMEDIA

EN UN ACTO Y EN VERSO

---

TERCERA EDICIÓN

---

MADRID  
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES  
Núñez de Balboa, 12

1909



LA NOVIA DEL GENERAL

---

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

---

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvege et la Hollande.

---

Queda hecho el depósito que marca la ley.

---

# LA NOVIA DEL GENERAL

COMEDIA

en un acto y en verso

POR

DON MARIANO PINA

---

Representada por primera vez en Madrid en el TEATRO DE VARIEDADES  
el 17 de Enero de 1873

---

TERCERA EDICIÓN

---

MADRID

S. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP<sup>o</sup>

Teléfono número 551

1909

# REPARTO

---

## PERSONAJES

---

## ACTORES

---

ELADIA.....	SRA. TORRECILLA.
MARTINA.....	ZAPATERO.
ALFREDO.....	SR. VALLÉS.
GREGORIO... ..	LUJÁN.

---

La escena en Madrid.—Epoca actual



# ACTO UNICO

---

Gabinete lujosamente amueblado. Puerta al foro: dos ídem á la derecha: á la izquierda, otra y balcón. Entiéndase por izquierda ó derecha la del actor.

## ESCENA PRIMERA

MARTINA saliendo de la primera puerta derecha

¡Ay, tan pesado trabajo  
es superior á mis fuerzas!  
Cuando abandono la escoba,  
me reclama la espetera,  
y no tengo en esta casa  
cuatro minutos de huelga.  
Pero ya que sola estoy, (Se sienta.)  
me siento y muera la pena.  
Al que inventó las butacas,  
le diera yo una prebenda.  
Qué bien se está aquí, y qué á gusto  
se puede dormir la siesta.  
¡Eh!... ¿qué es eso? me parece  
que tocan en la vidriera.  
(Levantándose y mirando por el balcón.)  
¡Calla!... ¡si es que está lloviendo!  
Y de firme. ¡Anda!... ¡qué buena  
se pondrá la señorita,  
que ha salido tan compuesta!...  
Tomará un coche.

## ESCENA II

DICHA, GREGORIO con chaqueta y gorra de soldado

- GREG. (En la puerta del foro.) ¿Se puede?  
MART. ¿Quién es?  
GREG. (Adelantándose.) Quien tiene en las venas  
alquitrán en vez de sangre,  
dende que vió tu presencia.  
MART. Pero... ¿por dónde has entrado?  
GREG. Por la mismísima puerta.  
MART. Si está cerrada.  
GREG. Es la fija;  
pero yo... (Mostrando una llave.)  
MART. ¿Qué llave es esa?  
GREG. Has de saber, que el portero  
me tiene afeuto y querencia,  
porque, en habiendo conquibius,  
lo convido á cariñena,  
y me diñó el picaporte,  
que le dió la cocinera.  
MART. ¿Y si viene la señora?  
GREG. ¡Quiá!... si está lloviendo á espuertas.  
¡Tenía una gana de verte,  
zandungal...  
MART. Y yo á tí.  
GREG. ¿Es de veras?  
Mira, cuando estamos juntos,  
se me ataruga la lengua,  
y me tiemblan las canillas  
y echan lumbre mis orejas.  
MART. ¿Eso es de miedo?  
GREG. Eso es  
porque te quiero, morena.  
MART. ¡Falsario!  
GREG. Y por tí he dejao  
cosas de más convenencia.  
Cuando yo te conocí,  
trataba á una lavandera  
cetrina, un poco bisoja  
y algo hoyosa de viruelas;

zanquilarga, y con dos pies  
como dos medias fanegas.  
Pero era aquella mujer,  
sin agraviarte, una perla.  
Ella cuidiaba mi ropa  
de cosío y de limpieza,  
y me compraba el tabaco,  
y mientras que fué mi prenda,  
me regaló tres pañuelos.  
dos almillas de bayeta,  
un guardapelo de peltre,  
y un cinto de gutapercha.

MART. ¿Sabes que me vas cargando  
con tu antigua lavandera?

GREG. ¿Por qué?

MART. Porque eso es faltarme.

Cuando tengo una peseta,  
¿no la gasto yo contigo?

GREG. Cabal.

MART. ¿Y llevo á la mesa  
ningun plato que lo valga,  
sin guardarte una fineza?

GREG. ¡Es la chachi!

MART. Pues entonces,

¿á qué echarla de plancheta  
con esa mujer?

GREG. Si digo,  
que me regustas más que ella.

MART. ¡Conversación!

GREG. ¿Sabes tú,  
lo que por mi suerte perra,  
me va á costar tu querer?

MART. ¡Será mucho!

GREG. ¡Friolera!  
Si no me dan cuatro tiros,  
de que menos voy á Ceuta.  
Por ver tu cara de azúcar  
y tu cuerpo de canela,  
he faltao á cuatro listas.

MART. ¿Y qué?

GREG. ¡Ná!... que si me pescan,  
me van á poner los lomos  
más majaos que la yesca.  
Bonito es el tal Quiñones,

- capitán de la tercera  
del primero, que es la mía.
- MART. ¡Ay! ¿sí?  
GREG. Al que falta, lo brea.  
MART. ¿Y qué vas á hacer?  
GREG. Lo hecho.  
Desertar.
- MART. ¡Esa es más negra!  
GREG. Si vuelvo al cuartel, me parten.  
MART. ¿Y si te prenden?  
GREG. No temas.  
Mañana mi regimiento  
sale en el tren pá Valencia,  
y dende aquí hasta mañana  
con tal de que no me vean  
los jefes...
- MART. Yo que creía  
ir contigo á la pradera  
esta tarde, que me toca  
salir.
- GREG. ¡Y qué estará buena!  
Ya andan por ahí más comparsas  
con panderos y vihuelas...
- MART. ¡Hoy que acaba el carnaval!...  
GREG. Digo... y teniendo yo tela  
pá obsequiarte.
- MART. ¿Sí?  
GREG. (Sacando tres duros.) Tres machos  
que cobré ayer de mi tierra  
por el giro mústio. ¡Olé!  
¡Con tres chulés y esta jembra!...  
¡Por vida de!...
- MART. ¡Pero calla!...  
GREG. Si somos unos babiecas.  
¿Tú quieres salir conmigo  
esta tarde?
- MART. Era mi idea.  
GREG. Pues saldrás. Mando al portero  
que alquile un traje y careta,  
me lo encasqueto...
- MART. Es verdad.  
GREG. Y con la fila cubierta,  
me río de la ordenanza  
y del consejo de guerra.

- MART. Y no hay más.  
GREG. Tengo un chi:umen  
bestial.  
MART. Pues no te detengas.  
GREG. Me pondré un traje de moro.  
MART. No, que esos no se contentan  
con una sola mujer.  
GREG. Pues de Tamerlan de Persia,  
ó de coloso de Rodas...  
En fin, un traje que tenga  
charreteras y bordaos,  
que son los que á mí me alegran.  
MART. Andando.  
GREG. Adiós, salerosa.  
MART. Márchate por la escalera  
interior.  
GREG. Bien, hasta luego.  
MART. Ven pronto.  
GREG. Como una flecha.  
(Vase por la segunda puerta derecha)

### ESCENA III

MARTINA, después ELADIA

- MART. Me gustan los militares  
porque nada les arredra,  
y en queriendo á una mujer,  
son unos mozos en regla.  
(Suena una campanilla.)  
¿Lllaman?... Será la señora.  
(Desaparece por la puerta del foro.)  
GREG. Se me olvidó la arvertencia,  
de que en el portal te espero.  
¡Eh!... ¿no está? ¡Santa Quiteria!  
Oigo la voz de... me escurro. (Vase.)  
MART. (Saliendo con Eladia.)  
¿Le cogió á usted la tormenta?  
ELADIA Por dicha mía pasó  
pronto.  
MART. (Quitándole el sombrero y el abrigo)  
La ropa está seca.

ELADIA Claro; merced al paraguas...  
MART. ¡Ah! ya... (Lo coge y lo pone en un lado.)  
ELADIA Pero más quisiera  
regresar hecha una sopa,  
que deberlo á tal cubierta.  
MART. ¿Por qué?  
ELADIA ¡Cómo está Madrid!  
Vamos, si esto no se enmienda,  
no puede transitar sola  
ninguna mujer honesta.  
MART. Me asusta usted.  
ELADIA ¡Cuánto vago  
obstruyendo las aceras,  
y cuánto sándio moscón  
calentando las orejas!  
Al pasar un andaluz,  
dice: «¡Vaya una flamenca!  
Permita el poer de Dios,  
que me den pá una merienda,  
esa boca de compota  
y ese cuerpo de jalea.»  
Más arriba un catalán,  
que va mirando unas muestras  
de percal, murmura al paño:  
«es vosté mol boniqueta,  
y no ni á altra mes grasiosa  
an Barsalona y Manresa.»  
Luego cruza un vizcaino,  
y con sintáxis amena  
exclama: «la talle hermosa,  
maitia, y ojos son esas,  
que envidian ángeles los,  
si ángeles venir en tierra.»  
Luego un pollo burriciego  
la dice una desvergüenza.  
Después un gallo taimado  
con intención la codea,  
por ver si al roce sobón,  
una sonrisa contesta.  
Por avivar ella el paso,  
con un vendedor tropieza;  
otro la desgarrá el traje,  
la detiene una reyerta,  
la limpia el bolso un granuja,

y al cruzar á la otra acera  
la aplasta un callo un gallego,  
y un coche á poco la estrella.  
¡Chica, cómo está Madrid!  
si este mal no se remedia  
no podrá transitar sola  
ninguna mujer honesta.

MART. Pero entre eso y el paraguas,  
¿qué relación hay?

ELADIA Completa.  
Hoy, cuando á casa volvía,  
empezó á llover.

MART. Con fuerza.

ELADIA Y ese hombre que me persigue  
con tan audaz insistencia...  
ya sabes.

MART. Sí, usted me ha dicho.

ELADIA Halló feliz coincidencia  
para ofrecerme el paraguas.

MART. Y usted admitió la fineza.

ELADIA Me guarecí en un portal,  
hasta que un coche viniera,  
pero ninguno pasaba  
desalquilado, y el pelma,  
sin quitarse de mi lado,  
reiteraba sus ofertas.

Hasta que cansada ya  
de tan tenaz persistencia,  
y más que por no mojar-me,  
por terminar tal escena,  
acepté el ofrecimiento,  
y á casa he vuelto ligera.

MART. ¿El sabe que es usted viuda?

ELADIA ¿Qué me importa que lo sepa?

¿Soy libre acaso?

MART. Desde hoy...

ELADIA Sin embargo...

MART. ¿Quién espera?

ELADIA Mi tía, al dejarme sola,  
y á mil peligros expuesta  
por mi temprana viudez,  
me exigió en su hora postrera  
dar mi mano á otro sobrino  
que goza honores y hacienda,

si en el término de un año  
venía...

MART. Y pasó la fecha  
sin venir.

ELADIA Según ha escrito,  
graves causas se lo vedan.  
Es general mejicano,  
y como en aquella tierra  
hay cada mes un motín...

MART. No se parece á la nuestra.

ELADIA Pero en su reciente carta  
dice que el viaje acelera  
y espero todos los días  
verle entrar por esas puertas.

MART. Y en tanto vive usted aislada...

ELADIA Deseo, si se presenta,  
que de mi honrada conducta  
ni sombra de duda tenga.

MART. ¿De modo que el del paraguas?

ELADIA Sublime chasco se lleva.  
No quiero en casa visitas,  
ni galanteos... y cuenta  
conque si tú los admities  
buscas otra.

MART. ¡Está usted fresca!  
¿Hombres yo?... con un cañón.  
(suena campanilla.)

ELADIA ¡Llaman!... ¿Tendrá la insolencia  
ese señor?...

MART. ¿Y qué hago  
si es él?

ELADIA ¿Qué? Darle su prenda  
y no dejarle pasar  
el dintel...

MART. ¡Tal aspereza!...

ELADIA Es verdad, sólo la usa  
una zafia lugareña.

MART. Le diré que está usted mala.

ELADIA Volverá á ver á la enferma...

MART. ¿Entonces?...

ELADIA Déjele entrar,  
que yo curaré su tema. (Vase Martina por el foro.)  
Veremos si es su descaro  
superior á mi entereza.

ESCENA IV

ELADIA y ALFREDO en traje de paisano

- ALF. ¿Hay permiso?  
ELADIA Pase usted.  
ALF. Gracias.  
ELADIA (Que lea en mi ceño...)  
ALF. Me parece un bello sueño  
lograr tan grata merced.  
ELADIA Como de la suerte alevé  
nunca es el bien duradero,  
le advierto á usted, caballero,  
que el sueño va á ser muy breve.  
ALF. ¿Por qué?  
ELADIA ¡Porque despertado  
será usted pronto por mí!  
ALF. Es que cuando duermo así,  
tengo el sueño muy pesado.  
ELADIA Bien... prescindamos ahora  
del ensueño que le ofusca...  
¿Sin duda usted viene en busca  
del paraguas?  
ALF. No, señora.  
Yo vengo en busca de usted.  
ELADIA ¡Cómo!...  
ALF. Cual busca el cristal  
del ansiado manantial  
el que se abrasa de sed.  
ELADIA Agradezco el cumplimiento,  
y basta ya de prefacio:  
que si usted viene despacio,  
yo tengo prisa.  
ALF. Lo siento.  
Se pasa tan bien aquí,  
al sol que en sus ojos brilla ..  
Pero, ocupe usted una silla.  
ELADIA Gracias: estoy bien así.  
ALF. (Condoliéndose de una pierna.)  
¡Ay!  
ELADIA (¡Su descaro consterna!)  
ALF. (Idem.)  
¡Ay!

- ELADIA                   ¿Qué es eso? ¿Un parasismo?  
ALF.                    Padezco de reumatismo  
                          y se fija en esta pierna...  
                          ¡Ay!  
                          (Sentándose en el sofá.)  
                          Permita usted que aguarde...
- ELADIA                   ¿Ese dolor se mejora  
                          con prontitud?
- ALF.                    Sí, señora.  
                          Es cuestión de media tarde.
- ELADIA                   ¿Se burla usted? (¡Arde mi sién!)  
ALF.                    ¡Burlarme!...  
ELADIA                   ¡A tal desvarío!...  
ALF                    Siéntese usted.
- ELADIA                   Señor mío,  
                          repito que así estoy bien.  
ALF.                    ¿Pero es justo, por mi vida,  
                          que usted molestada esté,  
                          ó que yo la hable de pie  
                          con una pierna encogida?  
ELADIA                   (En eso tiene razón.)  
ALF.                    Vamos.  
ELADIA                   (Sentándose.)  
                          Cedo, en la creencia  
                          de que su aguda dolencia  
                          tendrá pronta curación.
- ALF.                    Mi gratitud lo barrunta.  
ELADIA                   ¿Va pasando?  
ALF.                    Algo.
- ELADIA                   En buen hora.  
ALF                    ¿Me permite usted, señora,  
                          dirigirla una pregunta?
- ELADIA                   Si no peca de arriesgada...  
ALF.                    ¡Oh!... yo jamás me propaso  
                          con las damas.
- ELADIA                   En tal caso...  
ALF.                    ¿Usted es viuda ó casada?  
ELADIA                   Viuda.  
ALF                    ¡Viuda!...
- ELADIA                   Sí, señor.  
ALF.                    Con emoción tan violenta,  
                          me parece que se aumenta  
                          este pícaro dolor.
- ELADIA                   Pues si tenaz se declara,

(Hace ademán de levantarse.)

queda la sesión disuelta.

ALF. (Deteniéndola.) Vaya otra pregunta suelta.

¿Usted ha mirado mi cara?

ELADIA No me ocurrió tal antojo.

ALF. Suponen que no es muy fea.

Mírela usted, aunque sea

con el rabillo del ojo.

ELADIA Parece usted muy jovial,  
y no admito la expansión.

ALF. Señora, en esta ocasión  
estoy hablando formal.

Tengo veinte y seis abriles,

y aparte de esta gabiarra,

(Señalando la pierna.)

gozo de salud bizarra

y renta de algunos miles.

Me llamo Alfredo Quiñones,

soy capitán y soltero,

y de coronel espero

lucir pronto los galones.

Vi ese rostro primoroso,

caí de Cupido en la red,

y rendido ofrezco á usted

palabra y mano de esposo.

Si usted acepta el partido,

hace mi dicha completa,

y si mi amor no le peta,

me voy por donde he venido..

ELADIA Pues la franca ingenuidad

le sirvió á usted de recurso,

contestaré á su discurso

con igual sinceridad.

(Remedando el tono y acción de Alfredo.)

Tengo veinte y dos abriles

y sin ninguna gabiarra,

gozo de salud bizarra

y no envidio á usted sus miles.

Me llamo Eladia Castel,

y no me importa un ardite,

que á capitán se limite,

ni que llegue á coronel.

Y si mi rostro, no hermoso,

le sugirió algún proyecto,

- el de usted no me hace efecto  
ni con palabra de esposo.  
Y pues no acepto el partido  
que su ventura completa,  
debe usted, si me respeta,  
irse por donde ha venido.
- ALF. Señora, á tal esquivéz  
contesta un hombre decente,  
marchándose. (Se levanta.)
- ELADIA (idem.) Justamente.
- ALF. ¡Ay! ¡El dolor otra vez!  
(Vuelve á sentarse.)
- ELADIA ¡Eh!...
- ALF. Y más fuerte.
- ELADIA ¡Tal engorrol!...
- Pues si en eso se encastilla  
mando por una camilla  
á la casa de socorro.
- ALF. No... ya va mostrando trazas  
de ceder.
- ELADIA Lo espero ansiosa.
- ALF. Conque, hablando de otra cosa...  
¿usted me da calabazas?
- ELADIA ¡Hombre, por toda la corte  
celestial!...
- ALF. ¿Con tal rigor  
me trata usted?
- ELADIA Sí, señor;  
le doy á usted pasaporte.
- ALF. ¿Me lanza usted al ostracismo  
por feo?...
- ELADIA ¡Ay, qué mareo!  
Usted podrá no ser feo,  
pero es usted un sinapismo.
- ALF. Cuando usted lo piense más...
- ELADIA Justo, para entonces sí...
- ALF. Ya volveré por aquí...
- ELADIA Y no me hallará jamás.
- ALF. ¿Se irá usted de casa aposta?
- ELADIA Es que en cerrarla me ufano,  
y no la pisa un cristiano.
- ALF. ¡Ah... ya! ¿Hay moros en la costa?
- ELADIA O en el golfo. (¡Habrà insolencia!)
- ALF. Es que en tal caso protesto.

ELADIA Pero, hombre, ¿usted se ha propuesto abusar de mi paciencia?

ALF. Mi furor, aunque instantáneo, ni transige, ni discute; y al que su amor me dispute, de un tiro le horadó el cráneo.

ELADIA ¿Y quién derecho le ha dado, ni cuándo?...

ALF. Nada, lo frío...

ELADIA Suplico á usted, señor mío, que termine este altercado. Y si al punto no despeja y sigue en su terquedad, llamaré á la autoridad para que mi hogar proteja.

ALF. Me voy, pues.

ELADIA Y con premura.

ALF. Soy de los que no replican, cuando las cosas se indican con tan amable dulzura.

ELADIA Bien hecho.

ALF. Ante las enaguas no hay quien su furor no entibie. }  
Señora...

ELADIA Que usted se alivie.

ALF. ¡Ah!... Llévase usted el paraguas.

ELADIA No reclamo la hipoteca.

(Dándoselo.) Pero se evita con esto que le sirva de pretexto para darme otra jaqueca.

ALF. La que niega una merced y en ello el suplicio labra...

ELADIA No escucho ni una palabra.

ALF. Eladia, á los pies de usted. (Vase.)

## ESCENA V

ELADIA, después MARTINA

ELADIA ¡Gracias á Dios! ¡Ay, qué hombre tan moscón y pegadizo!

¿Martina?... Si no demuestro firmeza, se está aquí un siglo.

- MART.           ¿Señorita?...
- ELADIA           Si ese joven,  
por más que no lo imagino,  
llama otra vez á la puerta,  
le dices que no recibo,  
que estoy ausente... que he muerto.
- MART.           Pues me parece muy fino.  
(Como que me ha regalado  
un duro al salir.)
- ELADIA                           ¡Qué tipo!
- MART.           Y es un buen mozo.
- ELADIA                           E-o sí;  
y el aspecto es distinguido...  
mas, ya lo sabes.
- MART.                           Corriente.  
De gustos no hay nada escrito.  
Esta carta del correo. (Dándola.)
- ELADIA           A ver... La letra es del primo...  
pero el sello... «Cádiz, cuatro...»  
Leamos... (Abriendo y leyendo la carta.)
- MART.                           ¿Emprende el camino?
- ELADIA           Ya está en España, y me anuncia  
que llega á Madrid hoy mismo,  
y me envía su retrato,  
como heraldo del arribo.
- MART.           Su retrato... ¿á ver, á ver?...
- ELADIA           (¡Cielos!) (Mirando el retrato.)
- MART.           (idem.)   (¡Santísimo Cristo!  
qué horrible es.)
- ELADIA                           ¿Qué te parece?
- MART.           La verdad... no es muy bonito.
- ELADIA           ¿No muy bonito? ¡Horroroso!  
y con marcados indicios  
de tosco y ordinariote.
- MART.           ¡Qué bigotazo!
- ELADIA                           ¡Es un indio  
bravo!
- MART.           Yo no era su esposa  
aunque me ofreciera un título.
- ELADIA           ¿Y mi palabra empeñada?
- MART.           Ayer cesó el compromiso.
- ELADIA           En fin, dejemos que llegue,  
y si lo manda el destino...
- MART.           ¿Se resigna usted?



y al fin subió la escalera  
con ojos de basilisco.

MART.

¿Y tú entonces?...

GREG.

Quise dirme.

pero me dió un sudor frío,  
y después el capitán  
volvió á bajar como un tiro,  
y está en la acera de enfrente  
más áspero que un erizo.

MART.

¿Y eso es todo?

GREG.

Tendrá el cante

de que esta casa vesito,  
y viene á trincarme.

MART.

¿Sí?...

GREG.

Pero se la doy, de fijo.  
¡Ya me han traído el disfraz!  
y en tapándome el palmito  
pasamos de brasilete  
delante de sus hocicos.  
¿Digo algo?

MART.

Pues á vestirte.

GREG.

¿Bien, pero dónde me visto?  
Si bajo á la portería  
y me dica...

MART.

Eres perdido.

Mira, en ese cuarto oscuro...  
el segundo del pasillo.  
Corriente. Dime, ¿irás tú  
pa sujetarme los picos  
del corbatín?

GREG.

MART.

Té enviaré  
la garduña del Retiro.

GREG.

¡Salero!...

MART.

Hasta que te llame,  
no te muevas de aquel sitio.

GREG.

En diciendo: alza, Gregorio,  
me tienes aquí de un brinco.

MART.

Yo te llamaré bien claro.

GREG.

Dende aquí á luego.

MART.

Anda vivo.

(Gregorio coge un lio de ropa que dejó en la puerta  
derecha, y se va por el foro izquierda.)

Y después, á la pradera  
á bailar.

## ESCENA VII

MARTINA y ELADIA

ELADIA Si has concluido  
tus quehaceres, puedes irte  
á paseo.

MART. Ya está listo  
todo.

ELADIA Y que no tardes mucho.

MART. Inútil es advertirlo.  
¡Quiál... Como una sale sola,  
se cansa pronto de pingos.  
(Vase foro derecha.)

## ESCENA VIII

ELADIA, después ALFREDO

ELADIA Diviértase y goce ella,  
que puede lograrlo hoy,  
mientras yo en casa me estoy  
renegando de mi estrella.  
Cuando en el bello parnaso  
vagaba la mente mía,  
llena de encanto y poesía...  
¡Eh!... ¿quién va?...

ALF. (Que ha salido momentos antes, y figura buscar algo  
en el suelo.)  
No haga usted caso.

ELADIA ¿Otra vez?... ¡Esto es horrible!...

ALF. ¿Quién le permitió la entrada?  
Ya le he dicho á la criada  
el motivo ineludible...

ELADIA No alcanzo...

ALF. Su gracia invoco,  
pero es muy justo que inquiera...  
¿Ha visto usted la contera  
del paraguas?

ELADIA ¡Usted es loco!

ALF. No tal.

- ELADIA                   Pues no se concilia...  
ALF.                    Demuestro tal interés,  
                          porque esa contera es  
                          un recuerdo de familia.
- ELADIA                Deploro mucho el azar,  
                          y puesto que no está aquí,  
                          le suplico á usted. . (Señalando la puerta.)
- ALF.                    ¡Oh! sí...  
(Sentándose y mirando debajo de los muebles.)  
                          ¡Pero es muy particular!...
- ELADIA                ¿Vuelve usted á su calma eterna?  
ALF.                    Perdone usted, ya me voy. (Se levanta.)  
ELADIA                Pronto. ¡Pues de humor estoy  
                          para!...
- ALF.                    ¡Ay! Otra vez la pierna.  
(Vuelve á sentarse.)
- ELADIA                (¡Y en la butaca se embute!)  
                          Si no deja usted el asiento,  
                          hago venir al momento  
                          un doctor que se la ampute.
- ALF.                    ¿Juzga usted que los galenos  
                          apagan de amor la llama?  
                          ¿Qué le importa al que bien ama  
                          una pierna más ó menos?
- ELADIA                Pero le debe importar  
                          de su amada la quietud.
- ALF.                    Ciertamente.
- ELADIA                Y su virtud  
                          y decoro respetar.  
                          Por lo cual. . (Señalando la puerta.)
- ALF.                    Sí, esa es la puerta.
- ELADIA                Justo.
- ALF.                    ¡Y así me hostiliza!  
                          ¿Pero por qué es la ojeriza  
                          que usted me tiene?
- ELADIA                No es cierta.
- ¿Ojeriza yo?... no á fe.
- ALF.                    ¿Y ordena usted que me aleje?
- ELADIA                Sí, urge mucho que me deje.
- ALF.                    Vamos á ver, ¿y por qué?  
                          ¿Le parece á usted sencillo? .
- ELADIA                ¡Dale!
- ALF.                    ¿Ese ceño tenaz?...
- ELADIA                (¡Jesús!... ¡Este hombre es capaz

de causar un tabardillo!)  
¿Es cierto que mi semblante  
dice algo á ese corazón?

ALF. Le inspira ciega pasión,  
indomable, delirante.

Cual caballo al que no aplaca  
rienda, voz, ni aguda espuela,  
marcha, avanza, corre, vuela...

ELADIA Basta: pare usted la jaca.  
Si tan grande es su pasión,  
¿por qué humilde no obedece?

ALF. ¿Y por qué usted me aborrece  
sin darme una explicación?...

ELADIA ¡Vuelta!...

ALF. Su acento enigmático  
demuestra...

ELADIA Yo no lo he dicho;  
y si tiene usted capricho,  
le diré que me es simpático.  
Pero que en su recto juicio  
debe entrar, si lo medita,  
que esta pertinaz visita  
puede hacerme un gran perjuicio.

ALF. ¿Gran perjuicio?

ELADIA De entidad.

ALF. Se vale usted de ese efugio  
como postrero refugio  
para que yo...

(Frotando el pulgar con el dedo en medio.)

ELADIA Es la verdad.

Y si reparos ensarta,  
sin bastar que yo le diga,  
lea usted, pues á ello me obliga  
lo que contiene esa carta.

(Se la da.)

ALF. Voy á enterarme anheloso...

(Lee para sí.)

¿Y bien?...

ELADIA ¿No da usted en el quid?

Ese que hoy llega á Madrid  
es mi prometido esposo.

ALF. ¡Eh! ..

ELADIA General mejicano.

ALF. Reciba usted el parabiéu...



ELADIA ¡Habrá otro más atrevido!  
MART. Salga usted.  
ALF. Antes morir.  
Nadie de sus pies me arranca.  
MART. (Cerca de la puerta del foro, alzando la voz.)  
Fuera: la puerta está franca.  
Vamos, ya puede salir.

## ESCENA X

DICHOS, GREGORIO con grandes bigotes y disfrazado ridiculamente de general

GREG. Aquí estoy. (Alfredo se levanta.)  
MART. (¡Cielos!)  
ELADIA ¿Qué es esto?  
GREG. (¡Santo Cristo! ¡el capitán!)  
MART. (¡Oh! ¡que idea!...)  
(Aparte á Gregorio.) No te turbes.  
Di que eres el de Ultramar.  
GREG. (Idem á Martina.)  
El de...  
ALF. (¡Qué facha!)  
ELADIA (Aparte á Martina.) ¿Quién es?  
MART. (Idem á Eladia.)  
¿No acierta usted? El general.  
ELADIA (Idem.) ¡Esa faz!...  
MART. (Idem.) La del retrato.  
ELADIA (Idem.) En efecto... ¡hay paridad!...  
(¡Y ha visto!...) (Aparte á Alfredo.)  
¿Está usted contento?  
ALF. Señora... (Idem á Eladia.)  
MART. (Idem á Gregorio.)  
Habla.  
GREG. (Idem á Martina.) ¿Y qué he de hablar,  
chica, si tengo el gañote  
más seco que un cordobán?  
MART. (Idem.) Que nos pierdes.  
GREG. (¡Voto á sanes!...)  
Pues señor... soy el de allá.  
ELADIA ¿Es usted?...  
GREG. El ultramarino

- ELADIA           ¿Al fin?...  
GREG.            (Me van á tomar  
                  por un saco de café.)  
ELADIA           Le aguardaba con afán.  
MART.            Muestra extrañeza... (Aparte á Gregorio.)  
GREG.            Y extraño...  
                  (Aparte á Martina.)  
                  Dí, ¿qué es lo que he de extrañar?  
ELADIA           No siga usted. Si aquí ha visto  
                  un atrevido desmán,  
                  el señor, que fué el causante,  
                  explicación le dará.  
                  Entre tanto me retiro.  
ALF.             Sí, yo fuí...  
ELADIA           Que no he de entrar  
                  en discusión de mi honor,  
                  brillante como el cristal.  
                  (Vase por la izquierda, ordenando á Martina que la  
                  siga.)  
GREG.            (¡Me dejen solo con él!...  
                  ¡Santísima Treniá!)  
MART.            (Aparte á Gregorio señalando á la cabeza.)  
                  Mucho de aquí.  
GREG.            (Idem á Martina haciendo con la mano la demostra-  
                  ción de pegar.)  
                  No, de acatus  
                  es lo que me va á sobrar.

## ESCENA XI

ALFREDO y GREGORIO

- ALF.            (¡El uniforme es grotesco  
                  y el aspecto mucho más!)  
GREG.            (Si yo pudiera escurrirme...)  
ALF.            (Pero en fin, hay que arrostrar...)  
                  ¿Hablamos de pie, ó tomamos  
                  sillas?  
GREG.            Lo mismo me da.  
ALF.            Lo que disponga vucencia.  
GREG.            (¿Con quién habla el capitán?)  
ALF.            Yo también soy del oficio.  
GREG.            ¿De qué oficio?

- ALF. Militar.  
GREG. (¡Mire usted á quién se lo dice!)  
ALF. Y mi norte es la lealtad.  
GREG. No es mal viento.  
ALF. Por lo mismo  
voy á ser franco y veraz.  
Al llegar vucencia...  
GREG. (¿Otra?)  
ALF. Vió...  
GREG. ¿El qué?  
ALF. Si su ingenuidad  
no merezco, será inútil  
que hablemos, mi general.  
GREG. (¡Cristo!)  
ALF. Recuerde vucencia...  
GREG. (Me paese que el capitán  
ha tomao las once.)  
ALF. Y sea  
nuestra pauta la verdad.  
GREG. Corriente, yo no me aparto...  
ALF. Yo amo á esa mujer.  
GREG. ¿A cuál?  
ALF. A la que quiere hacer suya.  
GREG. (¡Martina!)  
ALF. Es mi dulce imán.  
GREG. ¿Y ella le...?  
ALF. Le soy simpático.  
GREG. (¡Ayl ¡qué felpa va á llevar!)  
ALF. ¿Qué piensa hacer su excelencia?  
GREG. ¿Mi ercelencia?... ¿casi na?  
romperle una paletilla.  
ALF. ¡Semejante atrocidad!...  
GREG. Y voy gustoso á presidio  
en yendo ella al hespital.  
ALF. Es que yo...  
GREG. Aunque usted se oponga  
la parto por la mitad.  
ALF. (¡Qué bruto!) Pero repare  
vucencia...  
GREG. ¡Hombre! basta ya  
de motes, que hemos llegao  
á un asunto muy formal,  
y aunque el pescuezo me cueste,  
á mí naide me la da.

- (Quitándose los bigotes.)  
Yo soy Gregorio Costales.
- ALF. ¡Qué estoy viendo!... ¡Ah, ganapán!  
¿Qué haces tú aquí?
- GREG. Tragar quina.
- ALF. ¿Pero ese traje?...
- GREG. Un disfraz  
pa poer salir de incórnito  
con esa mosa arrastrá
- ALF. (¡Entiendo!. . Y la otra supone  
que es el bravo general...)  
¿Costales?
- GREG. Presente.
- ALF. ¿Has leído  
la ordenanza militar?
- GREG. La sé como la dotrina.
- ALF. ¿Y sabes á dónde vas  
por desertor?
- GREG. A presidio.
- ALF. O al palo.
- GREG. Ya me es igual.
- ALF. Yo te libro de la pena,  
si con presteza eficaz  
representas un papel  
muy fácil.
- GREG. ¡Mi capitán!...  
repare usté que hay papeles  
duros de representar.
- ALF. Tú eres mariscal de campo  
mejicano.
- GREG. ¡Yo!... Ojalá.
- ALF. Eres el futuro esposo  
de Eladia.
- GREG. ¡San Nicolás!
- ALF. ¿De la señorita?...
- ALF. Justo.  
Ahora acabas de llegar,  
y al punto quieres casarte.
- GREG. Lo de casarme es verdá.
- ALF. Ostenta hidalga apostura  
y fino lenguaje.
- GREG. ¡Ay!...  
Si en echándola de fino.  
digo cá barbariá...

- ALF. Y á título de futuro,  
también puedes intentar  
abrazarla.
- GREG. ¿Sí?...  
ALF. Y besarla  
la mano.
- GREG. Mire usted, ya  
me va gustando el papel.  
ALF. Animo.
- GREG. (Aunque no sea más,  
que por darle en la cabeza  
á esa mona...)
- ALF. Dila, audaz,  
que me has lanzado de aquí.  
GREG. (Si lo pudiera mandar...)
- ALF. Ya llega... todo lo escucho.  
GREG. Pero...  
ALF. Si me sirves mal,  
vas á Ceuta, y las orejas  
á mis manos perderás.  
(Vase por el foro izquierda.)

## ESCENA XII

GREGORIO; después, ELADIA

- GREG. (Como piense en tal desmoche  
de seguro me atortolo.)  
ELADIA ¿Está usted solo?  
GREG. Más solo  
que la una de la noche.  
(¡La moza es de polvorón!...)
- ELADIA Muy bien.  
GREG. (Y al verla me animo.  
Empezaré dando un timo  
de selerta educación.)  
ELADIA Ya sabrá usted las insidias...  
GREG. Sé que tengo efrevesencia  
de ver la refudelgencia  
de esos crisis homicidias.  
(¡Olé!)
- ELADIA ¡Eh!... ¿qué?  
(Gregorio la invita á sentarse, sentándose él primero.)  
De buen grado.

- GREG. Gracias.
- ELADIA ¿Y qué tal el viaie?
- GREG. Como he venio en badaje,  
me encuentro tan arriscado.
- ELADIA (¡Qué frases!) El que aquí había  
¿le habló a usted?
- GREG. Y si no se va ,  
le pego una puñalá  
que lo parto.
- ELADIA ¡Ave María!
- GREG. ¿Tan agrio ese genio es?  
¿Que si es crúo? ¡Na!... á estas fechas  
llevo yo más muertes hechas  
que minutos tiene un mes.
- ELADIA (¡Qué hombre!)
- GREG. A quien me guiña mal  
le hago bailar de cogote.  
Si no usa uno el chafarote,  
¿pa qué es uno general?  
Pero...
- ELADIA ¿Y cuándo es nuestra unión?
- GREG. Veremos...
- GREG. ¡Voto á los mengues!  
Sin veremos ni perrengues  
á hacerlo de sopetón.
- ELADIA (La locución no es homérica.)
- GREG. Yo soy un mozo de gluten  
y usted una jembra de buten.
- ELADIA (¡Ay, cómo se habla en América!)
- GREG. Y al mirarla me derrito.
- ELADIA (¡Desgarra su tosco acento!)
- GREG. Y el día del casamiento  
vamos á bailar el vito.
- ELADIA (¡El vito!)
- GREG. Y aunque reviente,  
apuramos en la cena  
dos botas de cariñena  
y una cuba de aguardiente.
- ELADIA (¡Uf! ¡Qué ordinario!)
- GREG. Y después  
va usted á lucir en platea  
basquiña y guantes de sea.
- ELADIA (¡Ay, pero qué necio es!)
- GREG. (La atonto con mi finura.)

- ELADIA Gracias... (¡Arde mi mejilla!)
- GREG. (Ahora le doy la puntilla,  
con un pase de cintura.)  
¿Me querrás mucho?
- ELADIA Confío...  
(¡Qué llaneza!)
- GREG. Tú verás  
no disprenderme jamás  
de este cuerpo.  
(Intenta pasarle el brazo por la cintura.)
- ELADIA (Retirándose.) ¡Señor mío!  
Proceder tan indiscreto...
- GREG. Es como prueba mejor  
de mi querer.
- ELADIA La mayor  
se muestra con el respeto.
- GREG. Vamos, no armes zaragata.
- ELADIA ¡Qué lenguaje! ¡Ya me ofendí!
- GREG. Deja que te dé un chupendo  
en esa mano de nata. (Intenta cogérsela.)
- ELADIA (Levantándose.) ¡Tan atrevida osadía  
conmigo!...
- GREG. ¿Ni eso tampoco?  
¿Y por qué? Si de aquí á poco  
vamos á la Vicaria.
- ELADIA Después de este agrio debate  
lo dudo.
- GREG. ¡Llamarte andana!  
Entonces, dime, serrana,  
¿pa qué lié yo el petate?
- ELADIA El que sus timbres desdora,  
no es digno de ser mi amigo.
- GREG. Uno tan sólo.
- ELADIA Atrás, digo.
- ALF. Dispéñseme usted, señora.

### ESCENA XIII

DICHOS y ALFREDO

- ELADIA (¡El otro!... ¡Oh! pero esta vez  
me lo depara algún ángel!)
- ALF. Deje olvidado el paraguas.

- ELADIA Sí, ahí está.  
ALF. (Tomándolo.) Que usted descanse.  
ELADIA ¿Se marcha usted?  
ALF. Tengo prisa  
ELADIA (¡Pues!... ¡Cuando yo!...)  
GREG. (Que me aspen  
si entiendo...)  
ALF. (Aparte á Gregorio.)  
(Trina de celos  
ó te disloco el gagnate.)  
GREG. ¡Eh!...  
ELADIA ¿Se mejoró el dolor  
de la pierna?  
ALF. Estoy más ágil.  
ELADIA (Cuando intento detenerle  
por librarme de este cafre...)  
ALF. Señora... (Despidiéndose.)  
ELADIA ¿Tanta premura  
tiene usted?  
ALF. (Aparte á Gregorio.)  
(Rabia, bergante.)  
ELADIA (Dándole la mano.)  
Adiós, pues.  
GREG. ¡Bombas y rayos!  
ELADIA (Asustada.) ¡Ay!...  
GREG. ¡Machetes y puñales!  
ALF. ¡Mi general!...  
ELADIA (¡Qué energúmeno!)  
GREG. Va á correr aquí la sangre  
como agua.  
ELADIA Pero...  
GREG. ¡En mis barbas  
camelarte otros galanes!  
ELADIA (Aparte á Alfredo.)  
(Caballero, por piedad,  
llévese usted á ese salvaje.)  
ALF. (Idem á Eladia.)  
¿Así trata usted al hombre  
con quien debe desposarse?  
ELADIA (Idem.)  
¿Casarme con él? Primero  
con un mulato de Tánger.  
GREG. ¿Otra vez?... ¡Voto á mi abuela!  
ELADIA Esto ya es inaguantable.

- Diga usted, ¿con qué derecho se atrevo á residenciarme?
- ALF. (Aparte á Gregorio.)  
Fiereza.
- GREG. (Idem á Alfredo.)  
¿Más, todavía?  
¡Pues como no saque el sable!
- ELADIA Hable usted.
- GREG. ¿Con qué derecho?
- ELADIA Yo soy libre como el aire.
- GREG. ¿Libre? ¡Quia! Usted es mi costilla,  
y si me lo niega alguien  
se va á volver esta casa  
un almacén de cadáveres.
- ELADIA (Aparte á Alfredo.)  
(¡Por Dios! Líbreme usted de él.)
- ALF. ¿Me da usted amplias facultades?
- ELADIA (Idem.) (Con tal de que se lo lleve...)
- ALF. Mi general, un instante.
- GREG. No tengo humor de palique.
- ALF. Ni yo sufro que se ultraje  
á una dama con quien me unen  
vínculos muy respetables.
- ELADIA (¿Qué irá á decir?)
- GREG. Acabemos,  
que estoy sudando vinagre.
- ALF. Esta señora es mi esposa.
- GREG. ¡Voto á un cañón!
- ELADIA (¡Tal dislate!)
- ALF. (Aparte á Gregorio.)  
(Achícate ya.)
- GREG. (Rebajando el cuerpo.) ¡Su espo...!  
Me dió usted el revolcón hache.  
(Aparte á Alfredo)  
(¿Estoy bien así?)
- ALF. Ella misma  
le dará á usted más detalles.
- ELADIA Yo... (Aparte á Alfredo.) Caballero, eso pasa  
del límite...
- ALF. (Idem á Eladia.) Es indispensable.
- ELADIA (Idem.) Sí, mas...
- ALF. (Idem á Gregorio) Créctete otra vez.
- GREG. (Irguiéndose.)  
¡Por las barbas de mi padre,

que si me habla usted en guasa,  
lo paso de parte á parte!  
¡Un duelo!  
¡A muerte!  
¡Dios justo!  
(Yo debo evitar el lance...)  
Sí... soy su esposa. Ayer mismo  
firmamos los esponsales.  
ALF. (Aparte á Gregorio.)  
Achícate.  
GREG. (Idem á Alfredo.) ¿Otra? Le advierto  
que me duelen los ijares  
de tanto...  
ALF. Y por si usted duda  
de mis palabras veraces...  
(Llamando.)  
¿Muchacha?.. Ante otro testigo  
escuchará.  
ELADIA (Aparte á Alfredo.) Ya es bastante.  
GREG. (¿También ella?...)  
ALF. (Aparte á Eladia.) Todo es poco  
para lograr que se marche.

## ESCENA XIV

DICHOS y MARTINA

MART. ¿Quién me llama?  
ALF. La señora.  
GREG. (¡Si entiendo esto que me empalen!)  
(Aparte á Martina.)  
Te voy á poner la jeta  
de color de chocolate.  
MART. (¿Si habrán descubierto?...)  
ALF. Tu ama  
ha dicho ya sin embajes  
que es mi esposa.  
MART. ¡Eh! ¿qué?  
ALF. (A Eladia.) ¿Es verdad?  
ELADIA Sí, lo he dicho... y tú lo sabes...  
MART. ¿Que yo?...  
ALF. Tú.  
MART. (Aunque no lo sé,

convendrá que lo declare.)

En efecto es su mujer  
y se llevan como ángeles.

GREG. ¿Se llevan?... (Habrá falsaria!)  
Y dígame usted, compadre,  
si á su esposa adora tanto...  
(á mí no me la da naide)  
¿por qué le hace cucamonas  
á esta prenda?

ALF.

¿Yo?

GREG.

Denantes

me lo dijo usted.

ELADIA

¡Qué escucho!

¡Desfachatez semejante!

ALF.

Señora, este hombre delira.

MART.

Y asegura disparates.

ALF.

Yo hablé de Eladia...

GREG.

¿Es de veras?

Ven acá, sal de las sales.

ELADIA

¿Qué es esto?

GREG.

Si tú me quieres

lluevan presidios y cárceles.

Y basta ya de pamemas

contrarias á mi carácter,

ELADIA

No comprendo...

GREG.

Ni yo soy

general ni comendante,

ni más que un probe soldao

vestío de saltimbanquis.

ELADIA

¡No es usted!...

ALF.

Hemos sido víctimas

de un engaño deplorable.

ELADIA

(Aparte á Alfredo.)

Al contrario, yo lo aplaudo.

ALF.

(Idem á Eladia.)

Y yo en cuanto á nuestro enlace.

ELADIA

(Aparte.)

¿A nuestro qué?

ALF.

(Aparte á Eladia.) Usted ha dicho

que es mi consorte delante

de dos testigos.

ELADIA

(Aparte.)

El miedo

me puso en tan duro trance.

Y en diciéndome ahora...

- ALF. (Aparte.)  
¿Y juzga usted eso bastante?  
Los que afirmarlo la oyeron,  
pueden comentar el lance,  
y el vulgo siempre sospecha  
lo que menos favor hace.
- ELADIA ¿Pero qué hago con el otro  
que va á llegar?
- MART. Deshauciarle.  
Recuerde u-té aquella cara...
- ALF. Y si es de toscos modales...
- ELADIA ¡Dios me libre!... ante esa idea  
renuncio á todos mis planes.
- GREG. Señora, en cuanto á quiliquis  
y finura al presentarse,  
después de haberme escuchao  
no habrá novio que le cuadre.
- ALF. A lo que el cielo dispone,  
la resistencia es en balde.
- ELADIA Si del otro compromiso  
se encarga usted de libramme...
- ALF. ¿Me otorga usted amplio poder?
- ELADIA (Dándole la mano.)  
General irrevocable.
- MART. ¿Y tú y yo?
- GREG. Mañana mesmo  
nos dan el *nomine patri*:  
(Echando la bendición.)
- MART. ¡Pero no tienes padrino!
- GREG. ¿Que no? Y de los más amables.  
(Al público.)  
No sé si en fino ó en basto  
me dirija á mi padrino;  
pero si la doy de fino,  
de seguro que lo aplasto.  
Y yo que el tiempo no gasto  
en dengues ni miquis tiquis,  
ni entiendo de esas quiliquis,  
le pido, sin más primores,  
un aplauso para miquis,  
y dos para estos señores.  
(Señalando á los demás actores.)



Precio: UNA peseta

80 100 120 140 160 180 200 220 240 260 280 300 320 340 360 380 400 420 440 460 480 500 520 540 560 580 600 620 640 660 680 700 720 740 760 780 800 820 840 860 880 900 920 940 960 980 1000